

## **MISA CRISMAL**

La Misa crismal, en que participamos obispo, presbíteros y diáconos, catequistas, encargados de pastoral de enfermos, fieles todos manifiesta de manera especial la unidad de la Iglesia. Todos en concordia de bautizados y en variedad de ministerios, carismas y servicios estamos congregados en asamblea eucarística ante Dios.

De esta celebración fluyen como de fuente singular otros sacramentos: Bautismo y confirmación, unción de los enfermos Y ordenación sacerdotal, ya que se consagra el santo crisma y se bendicen el óleo de los catecúmenos y el de los enfermos. Esta Eucaristía tiene, por tanto, una relevancia peculiar de la Iglesia en oración y una irradiación sacramental en nuestras comunidades cristianas. Hoy es particularmente significativa de la unidad ministerial la concelebración del Obispo con sus presbíteros (cf. *Lumen gentium* 28). Saludo cordialmente a todos y agradezco vuestra presencia. A todos manifiesta mi afecto en el Señor y mi concordia en la fe y en la misión que hemos recibido de Jesucristo. La participación actual es memoria con gratitud y esperanza en la misión.

Los sacerdotes, desde el pontificado del Papa Pablo VI, renovamos en la Misa crismal las promesas ministeriales del día de nuestra ordenación. Gozosamente las pronunciamos todos unidos en medio de la Iglesia ante Dios; conscientes de nuestra fragilidad y posibles cansancios cansancios, renovamos nuestra disponibilidad de siervos de nuestro Señor Jesucristo, ministros de los santos misterios y servidores de la comunidad cristiana, y también de la humanidad, particularmente de los pobres y necesitados. Con humildad decimos: “¡Aquí estoy, Señor, porque me has llamado! Apoyado en tu palabra que nunca falla me pongo nuevamente a tus

órdenes para que me envíes”. A pesar de nuestros fallos no se arrepiente el Señor de habernos llamado. Deseamos que la fidelidad, la obediencia, la serenidad, la paciencia en las pruebas, la humildad y la entrega sacrificada configuren nuestra vida, ayer, hoy y siempre. A pesar de las dificultades particulares de la misión en nuestro tiempo, nos apoyamos en tu poder y contamos con tu presencia que siempre nos garantizas. No vamos por nuestra cuenta; somos enviados; no vamos solos, vas tú con nosotros.

Todos estamos invitados a participar en la mesa de la Palabra de Dios y de la Eucaristía. Los ministros somos al mismo tiempo comensales y servidores. Al obispo se dice en la ordenación: “Recibe el Evangelio, y proclama la Palabra de Dios con todo deseo de instruir y toda paciencia”. Seremos predicadores y maestros en la medida en que seamos discípulos de Jesús. A los presbíteros dijo el obispo: “Que (Dios) os haga pastores verdaderos que distribuyan la Palabra de la vida y el Pan vivo, para que los fieles crezcan en la unidad del cuerpo de Cristo”. Y encargó a los diáconos al entregarles el libro de los Evangelios: “Recibe el Evangelio de Cristo, del cual has sido constituido mensajero; convierte en fe viva lo que lees, y lo que has hecho viva, enséñalo y cumple aquello que has enseñado”. Estas palabras en el Ritual preconiliar las pronunciaba el obispo al entregar el Evangelionario a los presbíteros. Por la ordenación sacramental encomienda la Iglesia como servicio fundamental la predicación del Evangelio con lo que requiere, a saber, la lectura atenta de la Palabra de Dios, la acogida en el corazón por la fe, la encarnación en la vida y su transmisión incansable. El itinerario de la Palabra de Dios en la vida personal es supuesto para servirla ministerialmente.

En relación con la mesa eucarística oramos con la Iglesia: “Señor, fuente y autor de toda santidad, haz que los obispos, presbíteros y diáconos, al participar de la mesa eucarística, se unan más plenamente a Cristo, para que vean renovada la gracia que les fue conferida por la imposición de manos” (*Liturgia de las Horas*, II, p. 273).

En la misma oración pide la comunidad orante para todos los fieles cristianos: “Impulsa a tus fieles para que, con santidad de vida, participen activamente de la mesa de la palabra y del cuerpo de Cristo y vivan lo que han recibido por la fe y los sacramentos”.

La Iglesia es un pueblo peregrino, somos hermanos y caminantes (“sínodos”); ministros, consagrados y fieles laicos rezamos unidos: “Padre santo, que nos diste a Cristo como pastor de nuestras vidas, ayuda a los pastores y a los pueblos a ellos confiados, para que no falte nunca al rebaño la solicitud de sus pastores ni a los pastores la obediencia de su rebaño” (*Liturgia de las Horas*, II p. 318).

Con el óleo de los enfermos, bendecido en esta celebración, serán ungidos los enfermos y ancianos, es decir, cuantos experimentan la debilidad por la incesante disminución de sus fuerzas. Pedimos que la oración de la Iglesia y la unción con este aceite fortalecida por la efusión del Espíritu Santo alivie a los enfermos y ancianos en sus dolores y enfermedades. ¡Que cuando el horizonte de la vida se va recortando la esperanza se afiance e ilumine el corazón! ¡Que sintonicen con la voluntad de Dios, que es nuestro Padre, también en la decrepitud! Dios nos acompaña siempre: En el ascenso de la vida y de las fuerzas, a través del recorrido de la existencia en la adultez cada vez más larga y en el descenso irremediable del vigor hasta el agotamiento de la vida temporal. Cuando dependemos más y más de los otros, también está

presente el Señor que cuidadosamente nos toma de la mano para que sin temor caminemos “por cañadas oscuras” (cf. Sal. 22, 4). Al nacer hemos sido recibidos en la Iglesia por el bautismo y somos despedidos en la misma Iglesia cuando dejamos esta vida. ¡Bendito sea Dios en todas las etapas de la vida!

Es consagrado el santo crisma, que nos une a Cristo en el sacerdocio bautismal y ministerial. En esta celebración con el óleo de los catecúmenos y el crisma del bautismo y de la confirmación, pensamos hoy particularmente en la iniciación cristiana. ¡Iniciación cristiana de niños, jóvenes y adultos, hoy en nuestras latitudes!. Todos conocemos y experimentamos las dificultades peculiares en nuestro tiempo para la transmisión de la fe cristiana.

La iniciación cristiana es comienzo y fundamento, es memoria siempre viva y consolidación de los cimientos, Nunca queda atrás, perdida en el pasado, la iniciación cristiana. Por eso, debe ser actualizada su memoria. La iniciación, en cuanto principio compartido por todos los cristianos y permanente en el tiempo, debe ser clara y sencilla. La puerta de la iniciación está abierta a todas las personas, niños y adultos, jóvenes y ancianos, varones y mujeres, sabios e ignorantes. ¡No convirtamos lo elemental en complicado! La adhesión sincera y auténtica no es igual que una reflexión compleja. No cesemos de recordar lo que recibimos en el principio.

“Mantengámonos firmes en la esperanza que profesamos, porque es fiel quien hizo la promesa. Fijémonos los unos en los otros para estimularnos a la caridad y a las buenas obras; no faltemos a las asambleas, como suelen hacer algunos”( Heb 10, 23-25). “Recordad aquellos días primeros, en los que recién iluminados, soportasteis múltiples combates y sufrimientos. Os hace falta paciencia para cumplir la voluntad de Dios y alcanzar la promesa”

(Heb10,32.36). Desde el principio necesitaron los cristianos que se les recordara lo recibido en la iniciación cristiana y fueran fieles en las pruebas de la vida cotidiana.

La piedad popular contribuye eficazmente a la iniciación cristiana. Estamos en la Semana Santa, dentro de la cual celebramos el Triduo pascual de la pasión, muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo. Para su celebración en nuestra ciudad y en nuestra diócesis tiene una incidencia particular la piedad popular, las manifestaciones populares de la fe. Es una herencia preciosa, que debemos recibir con gratitud y cuidar con esmero; a través de ella la fe cristiana ha arraigado hondamente y es también cauce de evangelización. En el pueblo de Dios, que es la Iglesia, formamos parte y vivimos como pueblo castellano con su ideosincracia, sus tradiciones religiosas y su cultura propia.

La familia es el hogar de la vida y también de la fe cristiana; aquí aprenden los niños las actitudes, prácticas y orientaciones para su vida. Los padres tienen la responsabilidad primordial, que es derecho y deber inalienables, de educar a sus hijos, según sus convicciones cristianas ya que la educación es la prolongación natural de la vida que los padres, como ministros de Dios, han transmitido.

Es necesaria la sinergia coordinada y el concurso concertado de familia y parroquia de padres y catequistas, de amigos y conocidos, de colegios y asociaciones cristianas para la iniciación y maduración cristiana, vitales para la Iglesia y decisivas para la orientación existencial de todos.

Dios es el que llama, pero los cristianos debemos ser eco de esa vocación. Pensemos en la vocación cristiana, y en las

vocaciones específicas al matrimonio cristiano, al ministerio en la Iglesia y a la vida consagrada. ¿Qué comunidad cristiana recibe a los catecúmenos? ¿Qué ánimo y ejemplo encuentran en ella las diversas vocaciones?. Sin recibir y compartir la fe con otros cristianos no hay regeneración bautismal ni ámbito de vida solidaria ni maduración y crecimiento cristiano y apostólico ni descanso reconfortante en “la familia de la fe” (Gál. 6, 10). Fuera de la comunidad y a la intemperie corremos muchos peligros. Todos, personas y comunidades cristianas debemos contribuir a crear ambientes cálidos y acogedores de los hermanos en la fe.

Me permito recordar que el Viernes Santo tiene lugar la “Colecta por los Santos Lugares”, donde nació, vivió y murió nuestro Señor Jesucristo. ¡Que nuestra generosidad manifieste el agradecimiento por la gracia del Evangelio!

Valladolid, Jueves Santo, 14 de abril de 2022

**+ Cardenal Ricardo Blázquez Pérez**

Arzobispo de Valladolid